

Don Germán Vargas, otro que vivió para contarla

Roberto Quesada
Escritor hondureño

Germán vivía pendiente a toda hora de mis carencias, hasta el punto de saber si no tenía dónde dormir y me daba a hurtadillas el peso y medio para la cama...

Gabriel García Márquez
Vivir para contarla

Recién salida la primera edición, Jorge Muñoz, el legendario librero de la calle 14, propietario de la librería *Macondo*, de Manhattan, me dijo que tenía reservado un ejemplar para mí. Quizá esperaba una reacción más eufórica por mi parte, y no dudó en preguntarme si no me emocionaba. Le dije que sí, pero no la leería de inmediato, porque no me gusta leer en masa, quiero decir, leer el mismo libro que toda la gente está leyendo. Es parte de esa rebeldía subconsciente mía de no ver la literatura y el arte como una moda. Y eso que se trataba nada más ni nada menos que del primer tomo de las memorias de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*.

Hace más de seis meses comencé un artículo que no finalicé. No sé por qué, quizá porque no estaba en su momento y él quiso dejarse a medio escribir hasta que llegara ese día. Se titulaba: *Barranquilla, un amor que vuelve*. Y comenzaba así: «No sé quién volvió donde quién. Si Barranquilla regresó a mi vida o yo regresé a la de Barranquilla. Aunque también está esa posibilidad de que íbamos al encuentro uno del otro y nos tropezamos a medio camino, en Miami».

.....
Me emocionaba ser amigo de un amigo del Nobel pero más el hecho de mantener correspondencia con un personaje de *Cien años de soledad* y de *El coronel no tiene quien le escriba*.
.....

Fue el pasado cinco de noviembre, mientras disfrutaba el extraordinario homenaje que Nueva York hizo al maestro Gabriel García Márquez, que recordé mi deuda con aquel artículo a medio hacer. Tal vez lo detuve porque no hallaba una justificación suficiente para escribir sobre Germán Vargas y Barranquilla en un artículo en donde por fuerza estaría involucrado yo. Sin duda, sonaría a vanidad y publicidad, y pueda ser que así se vea, pero más allá de ello, estoy decidido —ya que la he medio vivido— a medio contarla y así unirme, indirectamente, al homenaje.

Paul Auster, escritor estadounidense y autor de obras como *El libro de las ilusiones* y *Trilogía de Nueva York*, se refirió a *Cien años de soledad*, de la cual dijo que lo «hechizó», y destacó el «amor a contar historias» que ha demostrado García Márquez durante toda su vida.

Salman Rushdie, por su parte, afirmó que el mayor logro de García Márquez ha sido «reconocer que la realidad no es realista».

Indudablemente, la obra en la que todos coinciden es *Cien años de soledad*, parece que cada uno tiene su historia personal con esta novela. El reconocido periodista Jon Lee Anderson, corresponsal extranjero de *The New Yorker*, dijo que su encuentro con la obra del Nobel de Literatura de 1983 se produjo exactamente con esa obra 20 años atrás en Tegucigalpa, Honduras.

Mi encuentro con *Cien años de soledad* fue más o menos por las fechas de Lee Anderson, mágicamente, también en Tegucigalpa, Honduras (como dice él). Su lectura me poseyó de tal forma que necesitaba un exorcismo para sacudirme a García Márquez. Convertido en un Melquíades hondureño, encontré la fórmula para deshacerme de esa influencia que más tendía a copia o plagio, y me le fui al toro por los cuernos, y escribí con parodia garciamarquiana mi cuento *El último habitante de Macondo*. Y la cura fue inmediata: escribir ese cuento me hizo encontrarme conmigo mismo y me hizo firmar la paz con García Márquez; atrás quedó la rabia que me producía el hecho de no poder desprendérmelo.

Leía *Vivir para contarla* y me eran familiares hechos y lugares. Anécdotas que conocía en la versión de Germán Vargas, ahora las corroboraba en la versión de García Márquez. Hubo una época en que casi me volví experto en el Grupo de Barranquilla. Me emocionaba ser amigo de un amigo del Nobel pero más el hecho de mantener correspondencia con un personaje de *Cien años de soledad* y de *El coronel no tiene quien le escriba*. Ingresaba yo sin pretenderlo a un mundo de ficción ya no como un invitado por la ficción no sólo para creerla, sino a formar parte de ella. De esta situación surgió, tiempo después, mi cuento *El fantasma de Faulkner*, que don Germán publicara destacándolo en *El Heraldo de Barranquilla*, donde la

gran controversia es si Germán Vargas nació para ser persona o personaje.

Para mí Barranquilla es sinónimo de Germán Vargas Cantillo, y viceversa. En 1986, el hombre de los estupendos haiku, poeta quindiano Humberto Senegal, quien había leído los cuentos de mi primer libro *El desertor* (en donde figura *El último habitante de Macondo*), me pidió que le enviara dos ejemplares, dedicado uno a Germán Vargas Cantillo y otro a Gabriel García Márquez. Él se los haría llegar.

Con la emoción de recién estrenado escritor, el temblor en la mano para hacer esas dos dedicatorias, el escepticismo, me armé de valor y se los envié a Senegal. En verdad que no esperaba nada, tampoco es que desconfiara de que el poeta Senegal me los había solicitado para venderlos en subasta en el Quindío, no, solamente me parecía tan increíble que no debía esperar nada.

Tres semanas después allí estaba ese sobre manila en mi buzón de correos. De su puño y letra el maestro Germán Vargas Cantillo, escribía su nombre sobre el logo de la publicación de remitente y la dirección del destinatario. Lo abrí despacio, como con miedo de que mi corazón fuera tragado por el sobre, contenía una página completa de *El Heraldo de Barranquilla*. Había una flecha dibujada a mano, indicando *Ventana al mar*. Era esa ventana abierta para mí, para que mi literatura no solamente se quedara en Honduras, en donde el maestro Vargas reseñaba con mucha emoción mi libro *El desertor*.

Le escribí agradeciéndole. Días después, como respuesta obtuve un ejemplar de la revista *Cromos* en donde él reseñaba nuevamente *El desertor*. De gran emoción fue el día en que en sus acostumbrados sobres venía uno con la edición No. 213 del *Magazín Dominical (El Espectador)*. Fechado el 26 abril de 1987. Y la infaltable flecha dibujada a mano indicando pág. 16. Allí Germán Vargas había hecho publicar, a dos páginas y con una hermosa

ilustración de Mauricio Babilonia seguido por las mariposas, mi cuento *El último habitante de Macondo*. Además me decía que le había gustado a García Márquez, que él se lo había dado a leer.

Así, de a poco, fue creciendo esa amistad, que, por cierto, jamás utilicé para contactarme con García Márquez, ni siquiera para pedirle un autógrafo. Un día me envió un paquete de libros. Dos de Álvaro Cepeda Samudio, *La casa grande* (novela) y *Todos estábamos a la espera* (cuentos); un libro de Illán Baca, y otro del mismo Germán *Sobre literatura colombiana*, debidamente dedicado. Puntualmente le enviaba la revista *SobreVuelo*, bajo mi dirección, de la cual se convirtió en asiduo lector y siempre la reseñaba.

Tiempo después que me mudé a Nueva York, las cartas fueron sustituidas por el teléfono. Yo lo llamaba, cada vez que podía, a su vivienda en Barranquilla. Una vez me dijo que iba para México, junto con Alfonso Fuenmayor, que García Márquez enviaba por ellos para un film que estaban haciendo sobre la vida del premio Nobel. Le pedí que lo saludara de mi parte. A su regreso me dijo que le había dado a leer mi cuento *El Fantasma de Faulkner* a García Márquez, que le había gustado, y agregó «El te tiene en mente».

Viajé por dos semanas a Tegucigalpa. Una noche antes de regresar a Nueva York, el poeta Rigoberto Paredes, me dijo: «Le tengo una mala noticia». Y tras una pausa agregó: «Murió Germán Vargas». Y sentí tanta tristeza y algo de vergüenza de que los ojos se me aguaran por alguien que no llegué a conocer personalmente. Regresé a casa, dormí poco y en el trayecto Tegucigalpa-Nueva York mis pensamientos volaban hacia donde don Germán.

Días después, en Nueva York, sentía la necesidad imperiosa de hablar con alguien sobre Germán Vargas. Llamé al Dr. Raymond Williams a Colorado, con quien nos habíamos hecho amigos a través del maestro Germán.

.....
Vivir para contarla
me ha hecho admirar
aún más al maestro
Germán Vargas, y a
sentirme más
orgulloso de haber
sido y seguir siendo
su amigo y discípulo
.....

Estábamos sintonizados en la tristeza. Sin duda, él también deseaba conversar con alguien sobre la partida del amigo. Incluso lo abatía cierto complejo de culpa pues acababa de haber estado, antes de partir a Bolivia, con Germán tomándose unos whyskies en su apartamento en Barranquilla. Hablamos tanto tiempo que llegó un momento en que me pidió que colgara para llamarme él y que no se me abultara la cuenta telefónica. Tiempo después tuve la fortuna de conversar en Nueva York con —otro maestro— Alvaro Mutis sobre Germán Vargas.

Cuando presenté en Americas Society la traducción de mi novela *Los barcos (The Ships)*, que antes había sido reseñada con mucha emoción por don Germán, hice mi discurso en dos partes: la primera dedicada al máximo héroe centroamericano, Francisco Morazán, y la segunda, al maestro Germán Vargas. Recuerdo que el poeta barranquillero Miguel Falquez-Certain, agobiado por los celos literarios, me preguntó esa noche en la Recepción, en medio de mucha gente, que por qué dedicaba yo mi discurso a Germán Vargas, que si yo era de Barranquilla o colombiano. No sé de dónde provino tan contundente respuesta, que respaldaron con risas los presentes, cuando le dije: «Tengo antepasados... ¿has oído hablar de Gonzalo Jiménez de Quesada?»

Como dije al principio, este artículo nace en Miami, a raíz de la invitación que me hiciera el colombiano, orgullo de Lorica, Enrique Córdoba, a su programa radial Cita con Caracol, el 7 de abril del 2003, en el 190 aniversario de Barranquilla. También fue invitado otra gloria de Lorica, el gran escritor David Sánchez Juliao, autor de la inolvidable novela, para mí, *Pero sigo siendo el rey*. Dentro de lo mucho que dijimos sobre Germán Vargas y el Grupo de Barranquilla, cito lo que dijo Sánchez Juliao:

Como dice Roberto Quesada: 'Si escucho o hablo de Barranquilla inmediatamente recuerdo a un amigo del alma, maestro de maestros, a don Germán Vargas'. Y es cierto, Germán Vargas Cantillo, ha sido uno de los más connotados críticos de la literatura nacional, además de un hombre de una dimensión humana descomunal y de una frondosa experiencia vivencial. Desde luego, perteneció a la generación de escritores que nos antecedió a esta nueva generación, que abrió tantos caminos para que escribir fuera posible, publicar y vivir de la actividad literaria fuera posible y de que el gozo y regocijo de la literatura fuera posible. Los colombianos tenemos una gran deuda con Germán Vargas Cantillo, y con Barranquilla

en general... es una de esas figuras de Barranquilla a quienes debemos celebrar en este nuevo aniversario de la ciudad.

Vivir para contarla me ha hecho admirar aún más al maestro Germán Vargas, y a sentirme más orgulloso de haber sido y seguir siendo su amigo y discípulo, pero prefiero que sea el maestro Gabriel García Márquez quien me ayude a finalizar el presente (así podré presumir de coautoría con él), cuando en su proceso de formación junto al maestro Vargas se refiere a lecciones inolvidables, cuenta:

La definitiva para mí fue la de una mañana en que entré en el café Japy cuando Germán Vargas estaba acabando de leer en silencio *La Jirafa* recortada del periódico del día. Los otros del grupo esperaban su veredicto en torno de la mesa con una especie de terror reverencial que hacía más denso el humo de la sala. Al terminar, sin mirarme siquiera, Germán la rompió en pedacitos sin decir una sola palabra y los revolvió entre la basura de colillas y fósforos quemados del cenicero... La lección me sirve todavía cuando me asalta por pereza o por prisa la tentación de escribir un párrafo para salir del paso.

Nueva York NY, noviembre 2003.